

---

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**RODRÍGUEZ WITTMANN, Kevin. *La huella de los mapas: cartografías de lo humano*. Barcelona: Editorial geoPlaneta, 2023. 368 p. ISBN: 978-84-08-27460-5**

Los mapas han estado asociados desde hace muchos siglos a la propia humanidad. Tal es así que, cuando pensamos o leemos sobre algún lugar, tendemos inexorablemente a ejecutar un análisis cartográfico mental del mismo, independientemente de que lo conozcamos o no.

Existen muchas ideas preconcebidas de lo que es un mapa: generalmente, podemos pensar en una representación cartográfica en papel o en un soporte parecido. También tendemos a cavilar que los datos que aparecen en un mapa son objetivos, y, por lo tanto, su información es irrefutable.

Kevin Rodríguez Wittmann es Doctor en Historia por la Universidad de La Laguna, y, en la actualidad, es uno de los principales especialistas en el estudio de la cartografía histórica en España. En esta temática, sus trabajos precedentes le avalan; especialmente relevantes fueron sus obras *El Atlas de Gerardus Mercator* y *Las islas del fin del mundo. Representación de las Afortunadas en los mapas del Occidente medieval*. Su nuevo libro, *La huella de los mapas: cartografías de lo humano*, nos ayuda a desmitificar esas asociaciones que tradicionalmente hemos vinculado como una verdad absoluta.

Inicialmente, el autor reflexiona acerca de la aceptación global de los términos cartográficos. Por ello, aunque en nuestra concepción, lo objetivo es que el norte se represente en la parte superior, no siempre fue así; de hecho, generalmente en los mapas de T en O, realizados de forma amplia y habitual durante los primeros siglos de la Edad Media, el este se encuentra simbolizado en la parte superior de la representación, Europa en la parte inferior izquierda y África en la parte inferior derecha. En la actualidad, salvando las distancias cronológicas y científicas, el cuestionamiento de estos conceptos globales lo localizamos mediante el mapa *Upside Down World*, en el que se coloca a Australia y Nueva Zelanda en la parte superior del mapa, explicitando que la cuestión del sur en la parte inferior es simplemente una convención cultural.

Además, los mapas medievales habitualmente escenificaron el océano como límite, y este simbolismo, representado también en la mitología nórdica con la serpiente Jörmungander que rodea el mundo, no cambiará hasta que el mapa de Juan de la Cosa, en 1500, comience a mostrar el océano como frontera, no como límite. De esta forma, a lo largo de nueve capítulos, Rodríguez Wittmann nos propone un recorrido sobre las diferentes formas de realizar una representación cartográfica. En el primer capítulo, nos introduce en el Mapa de Abautz, creado hace más de 13000 años y descubierto en Navarra. Se trataría de una piedra con una serie de incisiones que la arqueóloga Pilar Utrilla y su equipo estuvieron años estudiando, y que, tras haber planteado varias hipótesis, llegaron a la conclusión de que podría tratarse de un mapa, al guardar esos elementos un gran parecido con el entorno que rodeaba la cueva donde se encontró este hallazgo. Junto a ello, también se refiere al posible mapa de

Çatalhöyük, que, según una mayoría de arqueólogos, representaría esa ciudad y un volcán en erupción. En las siguientes páginas, el autor también se refiere al primer mapamundi conservado en la Antigüedad, contextualizado entre los siglos VII y VI a.e. y localizado en Babilonia, entre los ríos Tigris y Éufrates.

Con respecto al desarrollo de la cartografía en la época medieval, Wittmann analiza la importancia que tuvo el redescubrimiento por parte de Máximo Planudes, a finales del siglo XIII, de la obra Geografía, de Claudio Ptolomeo, finalizada aproximadamente trece centurias antes. Indudablemente, este trabajo supuso un modelo para un sinfín de brillantes cartógrafos posteriores, entre los que destaca Al-Idrisi, quien se encontraba al servicio del rey Roger II de Sicilia. Posteriormente, en los últimos siglos del medievo, se desarrollaron atlas tan famosos como el del mallorquín Abraham Cresques en 1375, o el portulano de Angelino Dulcert, unas décadas antes (1339). Ante todo, el autor sostiene que la imagen mental que poseemos de los mapamundis del Renacimiento procede de la obra de Ptolomeo, y es muy probable que, mediante adaptaciones como la del misterioso Nicolaous Germanus, el mismo Cristóbal Colón utilizase su modelo para guiarse en su viaje en 1492.

Precisamente, la importancia de los nuevos avances geográficos derivados de los viajes del navegante genovés derivó en que la información reflejada en los nuevos mapas fuera motivo de espionaje y arma diplomática entre las coronas europeas. Para respaldar esta hipótesis, el autor utiliza la historia de Alberto Cantino, un espía que en 1502 fue enviado por el duque de Ferrara a Portugal a informarse acerca de los nuevos avances cartográficos, y para que, a su vez, encargase una copia y la llevase a Italia. En su opinión, se trataría de la primera vez que el nuevo trazado geográfico del oriente sudamericano llegó a la Península Itálica.

No obstante, en los siguientes capítulos, Rodríguez Wittmann evidencia que no todos los mapas se encuentran en soportes planos e inamovibles, sino que las diferentes culturas han aprendido a utilizar sus propias herramientas para crear representaciones de gran utilidad. Uno de los ejemplos más llamativos es el significado cartográfico de las trenzas de San Basilio del Palenque, en Colombia, declaradas en 2005 Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad por la UNESCO. Durante siglos, estas trenzas –una clara herencia de su ascendencia africana– simbolizaron un mapa por el cual los esclavizados memorizaban una vía de escape y los lugares a los que debían trasladarse al escaparse de las plantaciones. En el mismo capítulo, el autor también se refiere a la importancia de los tatuajes corporales como guías cartográficas, y especialmente señala los ejemplos de los aborígenes de la Bahía de las Islas – al norte de Nueva Zelanda – o los indígenas del Amazonas perteneciente actualmente a Brasil o Venezuela.

Otro de los ejemplos poco convencionales de mapas los localizamos en las songlines, canciones utilizadas por los aborígenes australianos en las que se van señalando los lugares y elementos que conforman la geografía de la mayor parte de Australia. Este ejemplo, según el autor, podía asemejarse al del pueblo inuit de Canadá, que ha logrado desplazarse y orientarse en un paisaje uniformemente congelado mediante las canciones que determinan las características de las señales geográficas que se encuentran a su alrededor.

Sin embargo, más allá de estos ejemplos de mapas “inmateriales” a los que se refiere el autor, existieron otros que se pueden tocar, aquellos que eran realizados con materiales del entorno y que se posicionan muy alejados al concepto eurocéntrico que tradicionalmente hemos percibido de la cartografía. Uno de estos casos se produjo

mediante las cartas náuticas elaboradas por los aborígenes de las Islas Marshall con elementos como hojas de cocoteros y piedras unidas entre sí, lo que les permitía orientarse entre la gran amalgama de islas del Pacífico, y que sorprendió incluso al marino alemán Winkler a finales del siglo XIX, siendo este la primera persona que lo dio a conocer en Occidente.

Durante la mayor parte del libro, el autor utiliza un sinfín de referencias literarias –por ejemplo, en el capítulo VIII se refiere a *La Historia Interminable*– y cinematográficas –hace referencia a la famosa escena del globo terráqueo de *El Gran Dictador* de Charles Chaplin– con vínculo directo al recurrente lenguaje cartográfico que siempre ha estado ante nuestros ojos, pero del que, quizás, no nos habíamos percatado. Una de las más evidentes aportaciones literarias relacionadas con la cartografía fue la obra *Utopía*, de Tomás Moro, que a finales del siglo XVI sería imaginariamente cartografiada por Abraham Ortelius. Posteriormente, el siglo XIX sería testigos de obras notables como *La isla del Tesoro* de Stephenson o *Las minas del rey Salomón* de Haggard, que no serían sino el preludio del vínculo que la centuria siguiente mantendría con notables obras que guardaban dentro de sí mapas de mundos imaginarios, como por ejemplo los trabajos de J.R.R. Tolkien. Mención aparte suponen los lugares ficticios que crearon escritores de notorio prestigio como Gabriel García Márquez, mediante su inolvidable Macondo.

Además, el autor también dedica uno de los capítulos al concepto de mapa como elemento humorístico y satírico, considerando aproximadamente su origen en torno a finales del siglo XVIII, aunque resaltando su especial período de esplendor durante la centuria posterior. A pesar de que este concepto siguió siendo utilizado durante el siglo XX, lo cierto es que, especialmente desde el período entre las dos guerras mundiales, los mapas comenzaron a emplearse de manera incisiva como propaganda entre los estados beligerantes de la contienda bélica.

Finalmente, el autor dedica un capítulo a la inexorable vinculación que ha existido a lo largo de muchos siglos entre la cartografía y el arte; de hecho, muchas veces ambos conceptos estuvieron entrelazados, por lo que fue frecuente desde los últimos siglos del medioevo utilizar mapas con la mayor ornamentación y los mejores materiales de elaboración como un elemento de demostraba status, poder y conocimiento.

En definitiva, nos encontramos ante una obra que pretende ampliar nuestra visión de la cartografía, y para ello el autor demuestra que, independientemente del formato en la que se conserven, todas las culturas, en cualquier parte del planeta y en cualquier período cronológico, han precisado de mapas que las guíen y orienten hacia un mayor control del entorno que les rodea. Se trata de que la humanidad necesita lo cartográfico para vivir, y que utiliza los recursos a su alcance para intentar controlar el inhóspito espacio que es la geografía cuando no se encuentra reflejada en un mapa.

Sergio Hernández Suárez  
*Universidad de Las Palmas de Gran Canaria*  
[sergio.hernandez@ulpq.es](mailto:sergio.hernandez@ulpq.es)  
<https://orcid.org/0000-0002-3482-9971>